

Tras las huellas de los libros. Entrevista a Márcia Abreu

IN THE FOOTSTEPS OF BOOKS. INTERVIEW WITH MÁRCIA ABREU

Nicolás Arenas Deleón

Universidad de los Andes, Santiago, Chile
<https://orcid.org/0000-0002-5087-5839>
nicotab@gmail.com

Una extensa trayectoria en el mundo de las letras acompaña a Márcia Abreu. Profesora titular de Literatura en la Universidade Estadual de Campinas (Brasil), la doctora Abreu ha desarrollado una extensa labor investigativa centrada en el estudio del mundo del libro y la lectura en el Brasil durante los siglos XVIII y XIX, la circulación transnacional de impresos —especialmente novelas— entre Europa y Brasil y la censura como medio para conocer las prácticas y los gustos lectores de los brasileños durante el periodo imperial y juanino. En este sentido, sus trabajos profundizan en el análisis del libro como objeto material y como medio para la transmisión de ideas, en el conocimiento de los agentes, espacios y formas en que circularon los impresos, así como en el examen de los mecanismos y modos de recepción de una determinada obra —o género de obras— por parte del público.

Los resultados de sus trabajos han sido compartidos en libros, artículos en revistas académicas y capítulos de libros colectivos. Entre

sus principales obras destacan *Histórias de cordéis e folhetos* (1999), *Leitura, história e história da leitura* (2000), *Os caminhos dos livros* (2003, con traducciones al español en 2014 y 2022), *Cultura letrada no Brasil: objetos e práticas* (2005, organizado junto al historiador Nelson Schapochnik), *Cultura letrada: literatura e leitura* (2006), *Trajétórias do romance: circulação, leitura e escrita nos séculos XVIII e XIX* (2008), *Impresso no Brasil: dois séculos de livros brasileiros* (2010, coordinado junto con Aníbal Bragança), *A circulação trasatlântica dos impressos: conexões* (2014, también con una versión en francés), *The Cultural Revolution of the Nineteenth Century: Theatre, the Book Trade and Reading in the Transatlantic World* (organizado junto con Ana Cláudia Suriani Da Silva, con ediciones en 2016 y 2020), *Romances em movimento: a circulação transatlântica dos impressos (1789-1914)* (2016) y *The Transatlantic Circulation of Novels between Europe and Brazil, 1789-1914* (2017, en el que figura como editora).

Docente, editora y gestora, en esta entrevista Abreu comparte algunas reflexiones que recorren sus investigaciones más importantes, revelando las claves desde las cuales ha estudiado al libro y sus itinerarios.

Nicolás Arenas (NA): Tras muchos años de actividad investigativa, creo relevante volver a los comienzos de esta extensa trayectoria para preguntarle cómo surgió el interés por la historia de la edición y la lectura. ¿Cuáles son los autores y obras que la incentivaron para aproximarse a estos temas? ¿De qué forma han influido en su trabajo?

Márcia Abreu (MA): Mi interés por la historia del libro, la edición y la lectura comenzó cuando era estudiante de posgrado y hacía una investigación sobre literatura brasileña de folletos. Esta producción data del siglo XIX y plantea una serie de temas muy apreciados por los estudiosos del mundo editorial. Sus autores eran hombres pobres, a menudo con escasos estudios, que sin embargo se ganaban la vida escribiendo y vendiendo sus poemas. Muchos de ellos, además de ser autores de los textos, desempeñaban todas las actividades relacionadas

a la producción, impresión y venta de los folletos. En algunos casos, sus casas funcionaban como imprentas y puntos de venta, donde trabajaba toda la familia. Los escritores no permanecían únicamente en sus espacios de residencia, sino que viajaban para presentar y vender sus historias.

En primer lugar, esta producción presenta cuestiones interesantes relativas a los derechos de autor. A principios del siglo XX, existía la figura del “editor-propietario”, que era quien compraba los derechos de impresión y venta de los poemas, lo que incluía el derecho a poner su nombre como autor en la portada de los folletos y, eventualmente, a alterar los versos.

Asimismo, esa literatura plantea sugestivas interrogantes sobre la relación entre dominación política e influencia cultural. Durante muchos años, los investigadores del tema afirmaban que los folletos habían llegado al Brasil junto con los colonizadores portugueses y que los poemas no eran más que adaptaciones de matriz lusitana. Cuando comencé mis investigaciones, observé que no había similitudes entre los textos impresos en Brasil y en Portugal. En Brasil, las narraciones siempre eran compuestas en versos, sobre todo en sextillas y también en séptimas, métricas y rimadas. En Portugal, los impresos populares podían adoptar todas las formas –desde textos teatrales hasta recetas culinarias– y habían sido escritos por personas con distintos niveles de educación en diferentes momentos desde el siglo XVI en adelante. Ni siquiera el nombre por el que se conocía esta producción en ambos lugares era el mismo: “cordel” en Portugal y “folletos” en Brasil. Entonces, ¿qué explica el vínculo entre estas dos producciones? Una similitud en el formato editorial –pequeños folletos impresos en papel barato, con cubiertas sencillas del mismo material– y, sobre todo, una concepción colonialista, según la cual toda creación artística e intelectual surge en Europa y se propaga a las colonias en forma de adaptación. Admitir que una forma poética se había desarrollado en el nordeste de Brasil independientemente de la producción lusitana parecía impensable para los estudiosos del tema, pero eso es lo que propuse en mi tesis doctoral.

En el desarrollo de esa investigación el contacto con los trabajos de Roger Chartier fue esencial. Su estudio sobre la *Bibliothèque bleue* francesa, en el que queda claro que no se trata de un género textual sino de una forma editorial, me entregó los elementos que precisaba para analizar la literatura de cordel portuguesa y diferenciarla de los folletos nordestinos. La literatura de cordel portuguesa es una forma editorial en tanto los folletos nordestinos son un género textual.

Por desgracia, algunos siguen repitiendo las viejas ideas sobre la creación portuguesa adaptada en Brasil...

NA: Uno de los preceptos teóricos de buena parte de sus reflexiones está en la consideración del siglo XIX como un momento de globalización cultural donde el libro tuvo un rol fundamental para trascender las barreras nacionales y conformar una comunidad letrada transnacional. ¿Cuáles fueron los desafíos de plantear esta idea sobre un siglo en que histórica e historiográficamente ha primado, durante mucho tiempo, el nacionalismo metodológico como fundamento interpretativo?

MA: La introducción de la idea de globalización cultural en el siglo XIX, en un contexto dominado por el nacionalismo como unidad privilegiada (o única) de interpretación, hizo necesario cuestionar concepciones arraigadas y adoptar un enfoque más global e interconectado de la historia cultural. No lo hicimos por mero voluntarismo, sino porque los datos históricos no dejaban lugar a dudas sobre las interconexiones entre distintas partes del globo, a través de la circulación de personas y libros y, en consecuencia, de ideas.

Tomando el caso de las novelas, que son mi especialidad, resulta evidente el hecho de que ningún país del mundo vivía únicamente de su propia producción de ficción. Blaise Wilfert-Portal realizó una buena síntesis sobre el asunto al afirmar que la traducción de novelas extranjeras fue uno de los elementos centrales de la historia del género en la primera mitad del siglo XIX. Según sus hallazgos, la ficción producida representaba la mitad del catálogo de algunos librerías editores. Cuando se observa la oferta de novelas en librerías y

gabinets, la importancia de las traducciones es aún más evidente. Por eso estoy de acuerdo con él cuando afirma que la novela fue una de las principales impulsoras del internacionalismo cultural en el siglo XIX.

Los trabajos de Franco Moretti confirman esto, al demostrar que la vida literaria en la mayor parte de los países se asentaba sobre la traducción de las novelas. Él estima que los porcentajes de ficción traducida varían entre un 40% y un 80%, considerando los mercados editoriales de Alemania, Italia, Polonia, Rusia y Dinamarca. Incluso grandes productores de ficción como Francia e Inglaterra también tenían espacios para las traducciones, aunque más reducidos. En nuestro proyecto sobre la Circulación Transatlántica de Impresos¹, algunos colegas se dedicaron a identificar y analizar novelas brasileñas que circularon en Francia, en distintas ediciones, tanto en formato folletín como libro.

Durante la ejecución del proyecto, nos gustaba mucho citar un pasaje de Anne-Marie Thiesse que decía que no había “nada más internacional que la formación de las identidades nacionales”. La idea de nación se desarrolló simultáneamente en distintas partes del mundo, basándose en la circulación de los mismos modelos, lo que fue posible gracias al intenso comercio internacional de libros, revistas y periódicos.

Para sustentar la idea de que era necesario ampliar el campo de observación más allá de las fronteras nacionales para comprender la cultura del siglo XIX fue preciso enfrentar algunas concepciones arraigadas: el eurocentrismo y el nacionalismo. La historiografía tradicional muchas veces centró su atención sobre el desarrollo cultural e histórico de Europa, relegando otras regiones del mundo a papeles secundarios, lugares donde se recibe la “influencia” europea, donde se

¹ El proyecto “A circulação transatlântica dos impressos. A globalização da cultura no século XIX”, dirigido por Abreu junto a Jean-Yves Mollier, reunió a decenas de investigadores europeos y americanos para reflexionar respecto a las prácticas asociadas a la circulación de impresos entre Inglaterra, Francia, Portugal y Brasil entre 1789 y 1914.

copia y adapta lo que fue creado allá. El nacionalismo metodológico, que enfatiza la nación como unidad principal de análisis, dificulta la comprensión de las interacciones culturales que trascienden las fronteras nacionales. Fue necesario cuestionar esas premisas, incorporar nuevas fuentes y metodologías y trabajar con muchos datos. Eso nos llevó a percibir la interdependencia entre las naciones y la centralidad de los intercambios culturales para comprender el siglo XIX.

NA: Otra idea fundamental en sus escritos, que se exterioriza en el proyecto que menciona y que encabezó hace unos años junto al académico francés Jean-Yves Mollier, es la de circulación global del libro. En tal sentido, plantea que esta idea permite quebrar las lógicas interpretativas de centro-periferia para entender las relaciones entre América y Europa durante el siglo XIX, contrariando la idea del Brasil y las repúblicas del continente como pasivos mercados receptores y, a la vez, descubriendo una pluralidad de nodos desde donde se irradia la cultura –incluso en Europa, donde se apuesta a detectar centros pivotantes de difusión cultural más allá de Francia e Inglaterra–. ¿Podría explicarnos un poco más cómo se originó esta interpretación y cuáles cree que son las ventajas que posee para el estudio de las conexiones transatlánticas?

MA: La superación del eurocentrismo y del nacionalismo como conceptos rectores de la investigación histórica y la recopilación de gran cantidad de datos sobre la circulación de impresos nos revelaron la necesidad de abandonar un abordaje centrado en la dicotomía entre centro y periferia, especialmente en lo que respecta a la relación entre América y Europa durante el siglo XIX.

A pesar del predominio de Inglaterra y Francia en la producción y difusión de libros, resulta empobrecedor tomar a estos países como patrón cultural absoluto o único punto de referencia para comprender lo que ocurría en el mundo. Por ejemplo, en el caso brasileño, son evidentes los esfuerzos para promover obras brasileñas en Francia, tanto por medio de iniciativas gubernamentales como a través de decisiones editoriales y comerciales. El flujo de obras era

multidireccional, amén de que el tránsito desde Brasil hacia Francia tuviera una menor intensidad. Si consideramos las relaciones con otros lugares, como Portugal, se hace más clara la existencia de múltiples centros. Brasil destaca frente a Portugal en varios aspectos, como la rapidez con que transforma las novelas en folletos y el mayor número de lectores. Además, Brasil y otros países americanos eran importantes para la economía del libro en Francia, ya que su producción impresa no solo era absorbida por los franceses, sino que se vendía en distintas partes del mundo, tanto en lengua original como en traducciones. Diana Cooper-Richet mostró la importancia de la impresión, en imprentas francesas, de libros y periódicos en diversas lenguas. América y Europa estaban interconectadas en un complejo entramado de intercambios culturales, lo que demostraba la inexistencia de una centralidad absoluta o una periferia definitiva en la circulación cultural. Al contrario, existe una red de múltiples centros que no están localizados rígidamente. Por eso, el concepto de “circulación” parece tan apropiado para el equipo que Jean-Yves Mollier y yo coordinamos, pues enfatiza la idea de movimiento sin establecer puntos fijos de origen y destino.

NA: En su obra, un elemento esencial es el conocimiento del mercado del libro brasileño durante el periodo juanino y la época imperial. Allí uno reconoce la presencia de una compleja estructura relacional al servicio de la industria impresora que intermedia entre el autor y el lector. ¿Qué dificultades ha enfrentado al intentar identificar a esos agentes y reconstruir los entramados que les unían? ¿Cuáles han resultado las fuentes más valiosas para hacerlo?

MA: En mis investigaciones, tuve mucha suerte de encontrar cajas y más cajas de documentos, hasta entonces jamás estudiados, sobre el envío de libros para el Brasil colonial, conservados en el Archivo Nacional Torre do Tombo en Lisboa. Dichas cajas contenían pedidos de autorización para el envío de material impreso para el Brasil, producidos entre 1769 y 1826. Estos estaban destinados a diferentes organismos de censura de acuerdo con el periodo, pero seguían un protocolo similar: el solicitante se dirigía a “Vossa Alteza Real”, in-

dicando el destino de los libros y adjuntando una lista de los títulos que pretendía enviar. Los libros sometidos a consideración eran de lo más variado, ya que todos los impresos se sometían al dictamen del censor para que pudieran circular entre Portugal y Brasil. Aunque hubo mucho contrabando y aunque parte de la documentación se haya perdido, esta fuente es excepcional para quien quiera conocer una parte importante de los libros que estaban a disposición de los lectores en Brasil.

A partir de la lectura del trabajo de Leila Mezan Algranti, entendí que había algo semejante en Brasil. El Archivo Nacional de Río de Janeiro también conservaba solicitudes de autorización para la entrada de libros en Brasil, sometidos a la “Mesa do Desembargo do Paço”, instalada en Río de Janeiro tras el traslado de la familia real hacia América. Esta documentación ampliaba las informaciones sobre la circulación de libros en Río de Janeiro, confirmando y complementando los datos obtenidos sobre los libros para cuyo transporte se había obtenido una licencia en Lisboa.

El Archivo Nacional de Río de Janeiro conserva también otra valiosa fuente de investigación, a la cual llegué tras la lectura del libro de Jorge de Souza Araújo: los inventarios *post mortem*. Al contrario de este investigador, que buscó referencias a libros en inventarios producidos entre el siglo XVI y el siglo XIX, yo me concentré solo en la ciudad de Río de Janeiro en un periodo de cincuenta años, lo que me permitió un detallado análisis de todos los inventarios de legos elaborados en Río de Janeiro entre mediados del siglo XVIII e inicios del siglo XIX.

Yo quería encontrar a las personas que habían recibido todos aquellos libros europeos. Me imaginaba hallar inventarios repletos de obras que sabía, por la documentación de la censura, que eran enviados a Brasil. Además del interés evidente por incluir lectores en una historia de la lectura, yo quería saber qué tipo de personas leían aquellos libros. Las obras enviadas con mayor frecuencia eran producciones sin pretensiones eruditas. Eran novelas, libros didác-

ticos, cuentos infantiles, folletos populares, destinados en Europa a las clases medias urbanas, a los obreros, a los artesanos, a las criadas, a los aprendices, a los pequeños agricultores. Entonces, en un país donde la mayor parte del trabajo lo realizaban esclavos, ¿quién leería estos textos? Lamentablemente, las respuestas no estaban en los archivos, como tampoco estaban los libros en los inventarios. Solo así era posible conocer a quienes comerciaban y encargaban libros en el Río de Janeiro colonial. Quién efectivamente los leía y cómo lo hacía sigue siendo un misterio.

NA: Al referirse a la irrupción de las novelas en el mercado brasileño colonial e imperial, usted plantea las dificultades que surgen ante la falta de vestigios para conocer cómo se leían dichas obras. No obstante, sus estudios a partir de los informes de la censura han sido esclarecedores respecto a este punto. ¿Qué aspectos descubrió al analizar estos documentos? ¿Es posible que una doble mirada, que conjugue la historia de la edición y de la lectura, habilite comprender mejor qué canon se construye en el Brasil de los siglos XVIII y XIX y cuáles son las razones para la elección de las obras que lo conforman? ¿Podría también entregar pistas sobre qué tipo de público lector se pretende crear en el Brasil de la época?

MA: La dificultad para encontrar testimonios de lectura siempre me incomodó, por eso experimenté una gran alegría al encontrar centenares de textos producidos por censores que eran obligados a comentar las obras de ficción que pretendían ser publicadas en portugués o circular en otra lengua en Portugal y sus dominios. Ese material fue producido durante el periodo en que estuvo activo el sistema de censura previa –básicamente entre 1768 y 1832, con una breve interrupción entre 1821 y 1824–, época que coincide con el momento del ascenso y afirmación de la novela en Europa y también de su difusión inicial en Brasil.

Para mi sorpresa, los archivos guardaban un vasto material jamás analizado, que contenía largas reflexiones y acalorados debates de un grupo de hombres muy entrenados en el trato con los libros, que

discutían no solo la heterodoxia de las ideas difundidas por escrito, sino también el tratamiento formal dado al material, su calidad artística y, en algunos casos, incluso los aspectos materiales de las obras, como los grabados que acompañaban a los textos.

A partir de ese momento, empecé a mirar a los censores bajo un nuevo prisma. Hasta entonces, solo había observado el resultado de su acción al liberar o restringir la circulación de un conjunto de títulos, pero cuando tuve acceso a los textos que elaboraron durante el proceso que condujo a la decisión final, muchas cosas cambiaron. La lectura de esta documentación me proporcionó valiosa información sobre las concepciones políticas, religiosas, morales y estéticas de algunos de los censores más activos y permitió darme cuenta de que eran personas alfabetizadas y de relativo prestigio en su época. Como resultado, llegué a considerar sus juicios sobre las obras de ficción como una expresión del pensamiento letrado de la época.

El estudio de las opiniones, producidas casi ininterrumpidamente durante más de 60 años, permitió seguir de cerca las reacciones de estos literatos a medida que pasaba el tiempo y crecía el número de novelas en circulación.

Al contrario de lo que se piensa usualmente, los órganos de censura no fueron solo espacios de restricción al tránsito de obras y de eliminación de escritos. Fueron ámbitos de reflexión y discusión sistemática sobre las cualidades y defectos de las obras en el siglo XVIII y principios del XIX, actuando como precursores de la crítica literaria. En lo relativo específicamente a las novelas, los dictámenes de censura abordan la cuestión de la nomenclatura y la utilidad de las novelas, presentan y discuten características del género, analizan diversas obras de distinto origen, y así instituyen cánones para esa producción. El establecimiento de las características centrales del género y la institución de un canon eran especialmente relevantes, pues la forma de leer las obras de bellas letras suponía comprobar que el texto se ajustaba a las convenciones del género y compararlo con sus modelos de excelencia.

Este canon no es creado en Brasil ni por los brasileños. Se trata de un proceso transnacional, que se desarrolló simultáneamente en distintos países, sobre todo en Europa. Además del material que se produjo en Portugal, examiné también dictámenes similares elaborados por la censura francesa, en el mismo periodo, y percibí que había una similitud en su forma de pensar sobre la literatura y, más concretamente, sobre las novelas. Eso es comprensible, en tanto estos letrados leían libros y periódicos similares y, principalmente, habían recibido una educación formal semejante, basada, sobre todo, en los principios de la retórica y la poética.

Los discursos sobre las novelas en circulación a finales del siglo XVIII y principios del XIX proporcionan más pistas sobre el público “no” deseado. El género se considera una producción vulgar, destinada a personas de baja extracción, y por ello es repudiado por los letrados. Para su gran consternación, un número creciente de lectores se interesó por estas narraciones, que se consumían con avidez (y simultáneamente) en distintas partes de Europa y América.

NA: En la misma línea, el examen de la circulación de estas novelas en el siglo XIX también las advierte como una “puerta de entrada” a otro tipo de lecturas. Da la impresión, al recorrer trabajos como los de Laura Suárez de la Torre, Hernán Pas o el propio Nelson Schapochnik –con quien usted ha colaborado–, que sucedió algo similar en las repúblicas de antiguo dominio español. ¿Considera que un mayor desarrollo de estudios desde la historia conectada sería relevante para conocer más sobre la circulación de estos impresos y, posiblemente, sobre los mecanismos de recepción y lectura en ambos espacios?

MA: Seguramente sí. Los trabajos de Laura Suárez de la Torre, especialmente el libro que ella organizó junto a Lise Andries, exhiben claramente que algo similar a lo que acontecía entre Brasil y Francia ocurría también en la relación entre México y Francia. Nelson Schapochnik mostró que la circulación de *Les Mystères de Paris* no estuvo, de forma alguna, restringida a Francia o Europa, sino que también se extendió por Argentina, Uruguay y, como ya se sabía, Brasil.

Marie-Ève Thérenty ya había demostrado la difusión de esa novela de Eugène Sue y el surgimiento de cientos de obras derivadas de ella en prácticamente todos los países del mundo, en títulos como, por ejemplo, *The Mysteries and Miseries of New York: A Story of Real Life*, de Ned Buntline, *Les mystères de Montréal*, de Henri-Émile Chevalier o *Os mistérios do Rio de Janeiro*, de Antônio Machado Braga. Las investigaciones de Hernán Pas sobre Argentina y Chile apuntan en la misma dirección de porosidad de las fronteras nacionales.

Esos estudios comprueban la idea de que el siglo XIX será mejor comprendida si el nacionalismo deja de ser el centro de atención.

Mientras tanto, Europa, y más particularmente Francia, continúa siendo el punto de partida de la mayoría de los trabajos. Es verdad que ese país era una potencia en lo relativo a la producción de narrativas y en la capacidad de esparcirlas por el mundo. Pero no todas las conexiones transnacionales tenían su base en Francia. Para los países bajo dominación colonial, las obras producidas en las metrópolis constituían uno de los elementos más fuertes de las conexiones culturales. La circulación de personas entre países vecinos o lejanos también favoreció estas conexiones, a veces en un sentido inverso al que se suele examinar. Wiebke Røben de Alencar, por ejemplo, estudió las traducciones del escritor brasileño José de Alencar al alemán, publicadas tanto en Alemania como en el sur del Brasil, que están relacionadas, posiblemente, con la migración de tedescos al país. Sus estudios plantearon interesantes cuestiones sobre la recepción de esta literatura que, leída por europeos, adquiriría significados diferentes de los que tenía en Brasil.

Así pues, además de ampliar la investigación sobre la circulación transnacional de material impreso y extender el abanico de países analizados, sería importante buscar pruebas de la recepción de las obras, que ciertamente no es homogénea entre los distintos lugares.

NA: En toda esta producción académica destaca la importancia de la interdisciplinariedad como elemento esencial para una comprensión más efectiva de los objetos de estudio. Los proyectos de investigación que ha encabezado muestran esa preocupación por incluir a profesio-

nales de diversas áreas. ¿De dónde nace dicha preocupación? ¿Cuál cree que son los aportes de estos diálogos entre distintas disciplinas para el estudio de la historia de la edición y la lectura?

MA: Cuando era pequeña tenía predilección por la canción “Todos juntos” del musical *Os saltimbancos*, de Chico Buarque, y los versos “Todos juntos somos fortes / Não há nada pra temer” [“Todos juntos somos fuertes / No hay nada que temer”]. Encuentro que seguí ese lema a lo largo de mi vida académica, porque siempre creí que el trabajo colectivo podría llevarnos más lejos que las iniciativas individuales. Especialmente en el caso de la historia del libro y la lectura, la cooperación entre diversas áreas resulta esencial, ya que el libro y las prácticas relacionadas a él están en el centro de atención de áreas como la comunicación, las letras, la lingüística, la educación, la biblioteconomía y, obviamente, la historia.

La colaboración entre las áreas y la cooperación entre los investigadores es esencial cuando se quiere comprender fenómenos amplios, como, por ejemplo, las transformaciones de los impresos a lo largo de los siglos, las relaciones entre países a través de los libros y la existencia de comunidades transnacionales de lectores. Un investigador solitario, por más dedicado que sea, consigue avanzar mucho menos que un grupo de investigadores, no solo por el volumen de trabajo que puede realizar, sino más bien por la riqueza que aportan las discusiones al interior de grandes proyectos.

Como profesora, también creo que los estudiantes ganan mucho participando en proyectos colectivos, y por eso en todas mis investigaciones han intervenido estudiantes de distintas procedencias, desde alumnos de grado hasta investigadores posdoctorales.

NA: Atendiendo a lectores interesados en estas temáticas, ¿cuáles cree que son los temas o aproximaciones que aún están pendientes en torno a la circulación del libro y la historia de la lectura en el siglo XIX americano?

MA: Quedan muchos temas por investigar. Destacaré solo uno de ellos: estudiar la circulación de impresos entre países más allá de Francia.

Hice una breve búsqueda en publicaciones periódicas mexicanas y me sorprendieron las coincidencias entre novelas anunciadas en Ciudad de México y Río de Janeiro. Además de las novelas francesas que ya esperaba, encontré novelas británicas –como *Robinson Crusoe*, de Daniel Defoe, y *Quentin Durward*, de Walter Scott–, alemanas –como los cuentos de Christoph von Schmid– y españolas –como el *Quijote*, de Miguel de Cervantes–, todas simultáneamente anunciadas para la venta en periódicos de ambas ciudades. Más sorprendente fue hallar anuncios de *El hombre feliz independiente del mundo y de la fortuna, ó Arte de vivir contento en cualesquier trabajos de la vida*, obra escrita en portugués por el padre Teodoro de Almeida, que tuvo éxito tanto en Portugal como en Brasil –y tal vez en México, donde los anuncios atestiguan su presencia en librerías–. Probablemente algo semejante ocurría en otros lugares de América.

¿Qué significa en términos de identidad cultural que mexicanos, argentinos, chilenos, uruguayos y brasileños –por nombrar solo algunos– puedan leer las mismas narrativas más o menos al mismo tiempo? Aún no lo sabemos, pero el mero hecho de que existan pruebas de la presencia simultánea en distintos países de obras producidas en diversos lugares complica, por ejemplo, los análisis de Benedict Anderson sobre las comunidades imaginadas. Es cierto, como él dice, que la existencia de grandes lectores monóglotas obligó a editores e impresores a diversificar las lenguas en las que publicaban más allá del latín. Pero lo que hicieron en el siglo XIX fue poner en circulación un conjunto relativamente homogéneo de títulos, con los que inundaron el planeta.

Sin mencionar las altas tasas de analfabetismo, los pocos que sabían leer, en general, habían tenido una educación literaria parecida y podrían tener títulos similares bajo sus ojos cuando se trataba de ficción. Brasileños, portugueses, franceses, ingleses y mexicanos –así como los de muchos otros lugares del mundo–, leían, en los bancos escolares, narraciones como *Les Aventures de Télémaque*, *Le Magasin des enfants* o *Simon de Nantua*, que son, simultáneamente, *best sellers* en varios lugares del mundo en la primera mitad del siglo XIX.

Tras sus años escolares, siguieron leyendo obras, en lengua original o traducidas, de autores de distintas partes del mundo y no solo las escritas por sus compatriotas.

Sabemos que el “capitalismo tipográfico” –según lo designa Anderson– buscaba públicos cada vez más amplios, pero les ofrecía productos similares. Esto puede haber creado una comunidad imaginaria donde la gente admira a los mismos héroes y sufre por las mismas tramas, pero esto explica la conexión más que la distinción entre naciones.

NA: Usted ha sido también formadora de muchos investigadores que actualmente contribuyen al conocimiento de aspectos relativos a la historia de la edición y la lectura desde, hacia y en el Brasil. ¿Cuáles son los consejos que les transmite a la hora de abordar estos temas?

MA: Desconfíen de las concepciones arraigadas, investiguen los datos y discutan sus ideas con el mayor número posible de investigadores.